

En suplicar á Dios cese el aparente desamparo en que permite se halle sumergida la Iglesia que preside:

En enardecer la sed inmensa de la salvacion de los pueblos:

En demostrar como los decretos de la Providencia y los anuncios de sus escogidos se van consumando:

Y en ofrecer su espíritu en manos del eterno Padre, único poder en el que confia y espera.

Todos los sentimientos de Pío IX se reducen á una de estas siete expresiones, modeladas por el Redentor desde la cruz, que es á los ojos de los que creemos la mas gloriosa de las sillas pontificias.

Mucho atrevimiento es el nuestro, que sin embargo viene disculpado por el noble impulso que lo engendra, que es el de la admiracion filial por las grandezas de aquel á quien la verdadera cristiandad llama con razon *Padre Santo*.

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO.

CAPÍTULO I.

SITUACION DEL MUNDO AL NACER PIO IX.

Dos acontecimientos de incomparables resultados habian tenido lugar en el período señalado por la divina Providencia para venir al mundo el distinguido infante que debia regirlo y guiarlo por la senda de la fe y de la civilizacion verdadera, que en ella se apoya.

La emancipacion de los Estados-Unidos de América y su constitucion en una forma política hasta entonces no ensayada en la sorprendente escala en que aquel país la planteó, al paso que ofreció á las muchedumbres emigrantes de Europa anchuroso campo á la experiencia de teorías no todas fecundas en moralidad, sembró en los pueblos europeos, harto fatigados de las agitaciones sociales, esperanzas de radicales y peligrosas reformas que no tardaron á formularse en desastrosos proyectos.

La revolucion francesa del año 1789 fue el eco de la emancipacion americana; pero, si la formacion del pueblo de los Estados-Unidos no encontró instituciones históricas que combatir, y solo un caos que organizar y vivificar, no así la revolucion en Europa, que habiendo sido el centro de la floreciente civilizacion en los gloriosos dias del Cristianismo, tenia formadas las costumbres y levantadas las instituciones, á cuya sombra se desarrollaron admirablemente los gérmenes de prosperidad que encierra siempre la fe y la virtud, y que ha hecho incomparable á la civilizacion europea.

No nos incumbe en este lugar emitir nuestro juicio sobre la manera con que ciertas instituciones anteriores á la revolucion francesa cumplieron la mision delicada é importante que el cielo les confiara; ni medir la extension del terreno que se desviaran del camino de la rectitud y de la justicia. Bástanos consignar que, á pesar de las infidelidades de algunas naciones, la Iglesia católica permanecia considerada y respetada por la mayoría de los pueblos, quienes poseian en ella una garantía sólida de proteccion en todo lo que tendiera á mejorar realmente la economia social.

Tenia Europa sentada la base de toda grandeza; partiendo de la cual, no

necesitaba sembrar de ruinas el espacio y de protestas el tiempo para echar los fundamentos del nuevo modo de ser á que algunas clases aspiraban.

Nada debía arruinarse partiendo de aquella base, aunque muchas cosas debieran pasar por el crisol que las purificara y santificara.

Desgraciadamente los reformadores sociales no tuvieron en cuenta la solidez de las creaciones hechas al sople vivificante del Cristianismo, y desdeñando la eficacia y virtud del dogma y de la moral católicas, pretendieron anatematizarlas como doctrinas y legislaciones anticuadas, haciendo *tábula rasa* de todo lo antiguo, y decretando la formación de una sociedad, cuyo tipo era desconocido, porque hasta había de formarse un *nuevo hombre* para que le sirviera como de elemento primordial.

Así las ideas inspiradas á los reformistas de Europa por los constituyentes de los Estados-Unidos produjeron en el centro de la civilización, en el Cristianismo apoyada, tal desorden de aspiraciones y tal confusión de hechos, que alarmó á los espectadores tranquilos y á los concienzudos observadores.

Los Estados-Unidos, á medida que iban estableciendo las bases del orden y la legislación ecualitaria, toleraban las ideas cristianas, y dejaban sentar los fundamentos de una sociedad católica, cuyo acrecentamiento no intentaban impedir, y que tenía por destino—como todavía lo tiene—dominar y transformar el espíritu racionalista de aquel pueblo que venía de la indiferencia, elevándolo por medio de una predicación constante é infatigable hasta á las alturas de la sumisión á la palabra de Dios y al espíritu de la Iglesia.

No así aconteció en la Europa. Entusiasmados sus reformistas ante el éxito de las primeras empresas del pueblo americano, viéndole sin religión propia, quisieron eliminar la Religión, á cuya sombra se habían nutrido todas las antiguas grandezas, no considerando que aquel pueblo jóven, ó mas bien niño, no era religioso porque todavía la Iglesia no había tenido tiempo de dirigirle su palabra maternal; y que cuando la voz de los misioneros se dejara oír de aquellas muchedumbres, súbitamente serían por ella atraídas á su seno millares de millares de almas. No consideró la Europa revolucionaria que la experiencia de la nueva vida haría nacer en la sociedad americana el sentimiento de la necesidad de una religión que satisficiera la aspiración de los corazones, y que la fe no tardaría en tomar posesión de las masas congregadas para constituir en aquellas vastísimas regiones el mayor de los modernos pueblos.

Los Estados-Unidos no habían destruido la Iglesia, porque todavía allí no se había constituido; no partían de ruinas.

La Europa al contrario; tenía una Iglesia maternal y fecunda, y á su corazon dirigieron las mas agudas saetas, confundiendo el verdadero significado de la palabra *emancipación*.

Las ideas de emancipación de toda autoridad política, científica, moral y religiosa, apoyadas y multiplicadas por el espectáculo de la constitución del nuevo pueblo americano, animaron los sentimientos de rebeldía de los mas calenturientos perturbadores del orden, que, agrupados en Francia, trataron seriamente de ensayar sus proyectos.

La *declaración de los derechos del hombre*, formulada por una asamblea de individuos dispuestos á sacrificarlo todo—hasta el buen sentido—para realizar su tremendo programa, fue como el Evangelio de la nueva era.

La humanidad quedaba desligada de sus antiguos deberes, y las virtudes,

cuyo reinado había sido el bello ideal de los anteriores siglos cristianos, recibieron un decreto de cesantía, siendo substituidas por otras virtudes que no tenían ningún enlace ni participación con la autoridad divina.

Al nacer el nuevo código social fue aclamado como al redentor de lo que calificaban de esclavitud tradicional del hombre, y los emisarios de la nueva idea, subiéndose de las profundidades del vulgo hasta las alturas de una soberanía de hasta entonces desconocida índole, proclamaron *la gloria de la humanidad redimida y el advenimiento de la paz á los hombres de buena voluntad*.

Las malas voluntades solo residían, según los reformistas, en los adictos á la Iglesia, á la escuela y á las instituciones históricas.

«El hombre nuevo» tenía por destino saldar las cuentas sociales pendientes, y establecer la fraternidad imposibilitada por el sacerdocio, por la fe y por la autoridad.

No puede negarse que el movimiento del año 1789 hizo nacer esperanzas de regeneración social hasta en algunos espíritus inexpertos, que, deslumbrados por la novedad del lenguaje y la originalidad de la conducta, no atinaban á descubrir lo utópico de los planes.

Verdad es que para muchos fueron pasajeras semejantes ilusiones.

La confusión de las doctrinas, la licencia de las pasiones desbordadas, las desmoralizadas fuerzas de las muchedumbres que habían proclamado su independencia, produjeron una tempestad intelectual, moral y política, como pocas hayan estallado en el firmamento de la historia, bien que raras veces se vieran tan sin freno los elementos sociales.

La grande emancipación iniciada en 1789 fue el principio de la anarquía del 1793, en que se pusieron de manifiesto en su desnudez las consecuencias de las teorías proclamadas.

«Nótase en la revolución francesa, dice el Ilmo. Frassinous, un carácter satánico que la distingue de todo lo que se había visto y quizá de todo lo que se verá, según añade el autor de las *Consideraciones sobre la Francia*. En efecto, las expoliaciones, el destierro, las pasiones, la muerte, la calumnia, los ultrajes, las vejaciones de todo género, hé ahí lo que presenta la historia de todas las persecuciones; pero la expoliación violenta de todas las iglesias de un vasto imperio, el ateísmo profesado y aplaudido en medio de los representantes de un gran pueblo, la profanación legal de los mas sagrados objetos del culto público, la apostasía solemne de muchos sacerdotes, la clausura simultánea y absoluta de todos los templos, que no se abrían sino para representar escenas de disolución é impiedad; la razón declarada diosa, la libertad adorada en la forma de una cortesana viva, la incontinencia pública recomendada expresamente por la ley, la serie de inauditos excesos, la especie de emulación entre las provincias y la capital sobre cuál los cometería mayores, constituye un conjunto de hechos tan repugnantes que parece pertenecen á otro mundo.»

Aunque sea descrito con su acostumbrada exactitud y elocuencia por el sábio obispo de Hermópolis el carácter de la revolución francesa, no será por demás añadir algunos rasgos debidos á la inspirada pluma de Cretineau-Joly, en su obra *La Iglesia romana y la revolución*: «*La república*, dice, que había tomado á destajo la tarea de resucitar y emancipar á los pueblos, rompía y destruía en efigie y mentalmente las cadenas de las naciones extranjeras, al

paso que llenaba de víctimas el Temple, la Conserjería, el Cármen, la Abadía, el Luxemburgo, los palacios y las iglesias. Degollaba los hombres para remozarlos; derramaba raudales de sangre para regenerar la patria; llamaba casa de la humanidad al hospital; y Marat, las ciudadanas, los desbregados, Lucrecia vengada, fueron los nuevos apellidos impuestos á las calles principales; y cuando las iglesias no eran á propósito para celebrar los clubs ó establecer almacenes de forraje, los trocaba en templos de la Razon, de la Igualdad, del Himeneo, de la Ancianidad, de la Naturaleza ó del Comercio. Cambiáronse los nombres de las ciudades, trastornóse el calendario, y la Francia y sus grandes familias recibieron apodos que eran á la vez una irrisión y un ultraje.

«La Francia infeliz fue disfrazada ora á la griega, ora á la romana; impúsosele como Dios el ateísmo, y la guillotina como á Santa Sede. El silencio fue un crimen capital, la delación un oficio patrióticamente autorizado. Las matanzas decretadas en nombre del pueblo fueron calificadas pomposamente; pudo observarse desde luego que se habia inventado un medio para hacer á los hombres iguales, y era cortarles la cabeza para establecer mas presto en una tierra desolada, entre sepulcrales sombras, la glacial igualdad de la nada.

«Como en la época en que, segun la elocuente expresion de Isaías, «el soberano Señor de los ejércitos quitó de Jerusalem y de Judá al valiente y al «fuerte, la fuerza del pan y la del agua,» arrojóse con violencia hombre contra hombre, y cada uno contra su vecino, y se levantó el mozo contra el viejo y el plebeyo contra el noble. Los vivos fueron muertos, los difuntos exhumados, y subieron en los púlpitos funestos hombres que desde el abismo de su vulgaridad se atrevieron á desafiar á Dios. Los restos de Voltaire y de Rousseau fueron conducidos al Panteon, y llegó la locura hasta el punto de hacer la apoteosis de Marat, Dugazon, Trial, Rousin, Grammont, Collot d'Herbois, Monvel y otros mil comediantes, quienes, despues de haber aprendido á ser facciosos siendo histriones, fueron los héroes de aquellas soeces bacanales; y Saint-Just, Robespierre, Carnot y Barere, hilvanadores de versos de tertulia, filántropos de academia, se complacieron en atravesar en lanchezuela adornada con cintas y flores el rio de sangre que habian vertido.

«Un discípulo de la escuela en que estos hombres fueron formados, que en fuerza de la lógica no temió llegar hasta el cinismo, no vaciló en decir: Para servir á la revolucion se necesita, y no me dejarán mentir los hombres de 1793, una conciencia ancha, á la que no asusten, si es preciso, una alianza adúltera, la violacion de la fe pública, el quebrantamiento de las leyes de la humanidad y el desprecio de la constitucion fundamental (1).»

Tal fue la práctica de aquellos hombres, verdaderamente extraordinarios que, no espantándose ante la inmensidad de las destrucciones, ensancharon las fronteras de su conciencia hasta el punto de celebrar maridaje con las mas repugnantes iniquidades.

De uno de aquellos hombres decia Chateaubriand: «Mirabeau fundó escuela. Rompiendo todos los lazos morales, soñó constituirse en hombre de Estado... demasiado pronto para su provecho y demasiado tarde para la corte, Mirabeau se vendió á la monarquía. Quería comprar al precio de su re-

(1) Proudhon: *Révolution sociale*.

nombre una pension y una embajada. Cromwell estuvo á punto de cambiar sus destinos por un título de la Orden de la Jarretiére. Á pesar de su soberbia, Mirabeau no se evaluaba tan alto.»

Y no obstante, no era Mirabeau el mas corrompido y abyecto de los grandes revolucionarios que caracterizaban aquella situacion. Mirabeau fue la representacion del movimiento de 1789, y conservaba el buen sentido de decir: «*Yo no me habia propuesto únicamente llevar á cabo una obra de destruccion,*» ¡se proponia edificar algo sobre las ruinas de lo destruido! y á pesar de que era este el mas natural propósito, no participaban de él los héroes de los episodios posteriores de aquel sangriento y anárquico drama.

Marat, otro de los apóstoles del código humanitario y declamadores contra la tiranía histórica, exclamaba en cierta sesion: *Pueblo, necesitas derribar luego doscientas setenta mil cabezas*; este rasgo inspiró á los célebres humanitarios esta inscripcion dedicada á su memoria: «*Corazon de Jesús, corazon de Marat; ¡oh sagrados corazones!*» La tiranía y la blasfemia se dieron un abrazo en estas expresiones, que ya los siglos no pueden oirlas de mas horrendas.

Á la mañana siguiente de una terrible matanza Camilo Desmoulins, procurador general de la linterna, felicitaba al pueblo de haber ejecutado su plan con admirable orden.

Camilo Desmoulins, Marat y Fabre d'Eglantine encumbraron á otro evangelizador de la fraternidad. Danton fue llamado para resumir todo el encono de los espíritus dominantes en aquella tremenda hecatombe; suya es esta frase: «*Nosotros no debemos juzgar al rey; nos toca matarlo.*» Y estas otras palabras no menos horrendas que aquella frase: «*Yo sé que los sacerdotes y los nobles no son culpables, pero es preciso que mueran, porque están fuera de su lugar, y son obstáculo á la marcha de la situacion.*»

Juzgado y condenado á muerte por sus mismos amigos, protestó contra la dignidad del tribunal, á que debió comparecer, en una fórmula que era afrentosa á sí propio: «*Yo fui el que hice instituir este tribunal infame; yo pido por ello perdon á Dios y á los hombres.*»

Murió, pues, el bárbaro Danton confirmando que la sociedad conservaba como á legado suyo una *infamia*.

En aquella época se gritaba desafortadamente: *Viva el infierno*, mientras estableciendo un verdadero reinado infernal celebraban los victoreadores alegres orgías de sangre en las que danzaban desnudos los concurrentes á la memoria de sus hermanos guillotinos.

Tal era el carácter de la pléyade de hombres que, sin mas criterio que el de un fanatismo desenfrenado contra el orden por los siglos establecido, llevaban su audacia hasta á los extremos de lo posible.

Todo el que elevaba el corazon era proscrito, y desacreditado era todo lo que al corazon tendia á elevar.

Dios quiso poner de manifiesto hasta á qué punto era capaz de bajar la dignidad humana, partiendo de la base de la absoluta independencia del hombre. La sociedad que aspiraba á ser diosa hubo de resignarse á ser la mas esclava de las sociedades que en la historia han aparecido. Dios confirmó con la elocuencia de aquellas desgracias inmensas el prestigio de su autoridad, y evidenció que estaba resuelto á repetir su decreto de muerte, intimado en el paraíso al hombre orgulloso, contra la sociedad que llevara su altivez hasta decir descocadamente: *Non serviam*.

Las turbas exclamaron: *Erimus sicut dii.*
Dios contestó á las turbas: *Morte moriemini.*
La voz divina hizo estremecer la tierra.

En el período álgido de aquella inmensa tempestad levantada y sostenida por todas las viles pasiones vino al mundo el ilustre vástago de la familia Mastai Ferretti, á quien Dios tenia reservados los mas altos destinos, y á quien tenia resuelto confiar la mision trascendental de regir su santa Iglesia en dias procelosos.

Como el hijo del marino que nace en medio de deshecha tormenta se cree hermano de las borrascas, y ya no las teme porque le han acompañado en su cuna, así el augusto Pontífice, que Dios conserva con júbilo de la Iglesia universal, nacido en los dias mas calurosos y tempestuosos de la revolucion francesa, que fue como la concentracion de todas las revoluciones, obtuvo una inmutabilidad y serenidad admirables ante los grandes trastornos sociales.

En aquellos dias gobernaba la Iglesia de Dios un Pontífice venerable por su ancianidad, por su sabiduría y por sus virtudes. Mientras nacia el niño Mastai Ferretti, Pio VI devoraba en su corazon las amarguras ocasionadas por la situacion del mundo á su alma llena de sentimientos de mansedumbre y de paz.

Era Pio VI el hombre público que mas habia contribuido á conjurar la tremenda tempestad que años hacia amenazaba descargar sus furios contra la sociedad descreida. Veia él avanzar las siniestras nubes, madres de los terribles rayos que podian calcinar en un momento, como en efecto las calcinaron, instituciones respetables que, á haber seguido la senda que la Providencia les trazara, hubieran podido salvar los principios y los intereses de soberanos y pueblos.

Mas no privaban ya en los alcázares de los reyes y en los consejos de los magnates las consideraciones de respeto á la justicia.

Pio VI habia visto al Austria lanzarse altiva en el camino del regalismo mas exagerado; el imperio bajo el reinado de José II iba supeditando la Iglesia al Estado, y constituyendo silenciosamente una organizacion protestante con elementos católicos. Súplicas y protestas no las escaseó el celoso atalaya de los derechos del Catolicismo, y aun mas, impulsado por una humildad ejemplarísima, vivamente condolido de que no se previnieran los males que iba á causar al mundo el lamentable desvío de los principios religiosos, determinó emprender un viaje á Viena, pareciéndole imposible que, al oír la exposicion de las valederas razones que á favor de sus reclamaciones tenia, el Emperador no cesara en el camino de perdicion emprendido.

Pio VI fué á Viena, y aunque la poblacion austríaca y todas las que hubo de encontrar á su paso le mostraron el entusiasmo de que se hallaban poseídas hácia el supremo Jeraarca de la Iglesia, no pudo derretir con todo el fuego de la caridad que en su corazon ardia el glacial hielo de la indiferencia y de la incredulidad que enervaba todos los sentimientos generosos en las regiones de la diplomacia.

Al través de aparentes muestras de respeto, y prescindiendo de algunas concesiones de secundaria trascendencia, el augusto Pontífice pudo convenirse de la inutilidad de sus pasos.

Apenas habia dejado Pio VI el suelo austríaco, cuando, con beneplácito y tácita proteccion del Emperador, se publicó un folleto con el título: *¿Qué es el*

Papa? escrito por Eybel, antiguo catedrático de cánones en la universidad de Viena, quien en su librito expuso una doctrina esencialmente protestante en todo lo relativo á los derechos y á la autoridad del Pontificado, y trató de desvirtuar las elocuentes manifestaciones del pueblo en favor y reverencia del Padre Santo, calificándolas audazmente de actos del fanatismo mas repugnante.

Verdad es que las impiedades amontonadas en las pocas páginas del opúsculo de Eybel valieron á los anales apologéticos del Cristianismo la memorable encíclica del Papa, en la que con igual abundancia de datos, que solidez de razones y elevacion de magisterio, Pio VI defendió la doble soberanía del Pontificado. Aquella encíclica, expedida en Roma á los 28 dias de noviembre de 1786, fue el doloroso gemido de la Religion, personificada en el papa, ante los males que las disolventes doctrinas iban precipitando.

Las doctrinas católicas, expuestas con tanta autoridad como prudencia por el papa Pio VI, produjeron poca mella en el ánimo racionalista de José II.

Un año despues el cardenal Caprara, nuncio apostólico en Viena, escribia una nota secreta al cardenal Braschi-Onesti, en la que se contenian los siguientes párrafos:

«Mis despachos á la Secretaría de Estado pueden caer en manos que los desvien de su verdadera direccion, como ya ha sucedido; por esto aprovecho la ocasion de pasar á Roma un sujeto de confianza que se presta á explicar á Su Santidad algunos pasajes poco explicitos de mis comunicaciones anteriores.

«Continuamos aquí errantes, sin brújula ni timon, por mares erizados de escollos, y el piloto no advierte el peligro á que nos expone ni el que él mismo corre. El Emperador ha concluido su papel; ha dicho su última palabra: nada queda ya por trastornar, y no obstante, cansados de la presente inmovilidad, los hombres de ánimo agitado y turbulento no se dan por satisfechos; desean y buscan otras novedades, y como le es imposible á José II satisfacer las pasiones que él mismo ha suscitado, acúsale de arrastrar el progreso por el angosto carril de la rutina. El príncipe que tantas ruinas ha decretado es impopular entre aquellos que quieren erigir la destruccion en sistema...

«Como era mi deber, varias veces he indicado al Emperador el peligro que á las monarquías amenaza si inesperados acontecimientos ó una crisis social llegasen á dar cuerpo y bandera á las tenebrosas afiliaciones; y S. M. I. me ha contestado siempre con voz tímida que comprendia como yo el peligro, pero que al canciller del Estado le parecia imposible el poder conjurarlo...

«Háblase por aquí de iniciaciones terribles, y un tal Adam Weishaupt, canonista y jurisconsulto bávaro que goza de cierta celebridad universitaria, ha sido maestro é inspirador de Mr. de Montgelas, y del baron Kosigg en los misterios de la «Grande obra,» y anuncia una trinidad humana, una exégesis terrenal y prodigios sin fin que ellos exclusivamente realizan y presencian.

«Indiferente me seria esta aficion á lo maravilloso, viviendo en un tiempo en que las recomendaciones apostólicas no son mas escuchadas y atendidas que los divinos preceptos de JESUCRISTO, si detrás de los pretendidos milagros no se ocultara la propaganda de doctrinas perversas. En la esencia de tales sociedades ó sectas no existen, que yo sepa, sino vaciedades; pero á su sombra va formándose una escuela mas práctica, mas activa, que no se detendrá sin duda en aquel eden de goces hiperbólicamente sensuales y de positivas ilusiones...

«La actitud de provocadora hostilidad que van tomando los descontentos y

los hombres cuya insubordinacion crece á medida que los Gobiernos se debilitan y ceden, es perpétuo motivo de temor para los buenos católicos, cuyo número aumenta por la persecucion misma. Sin embargo, grande es su impotencia, y no hay de que extrañarse por ello. Hoy seria imposible reunirlos y organizar con ellos una fuerza material, y aunque parece cierto que en el porvenir será posible lo que no lo es en la actualidad, no disminuye esta esperanza la eminencia del peligro. Es indudable que de las insensatas quimeras del iluminismo, del swedenborgismo y de la francmasonería va á salir una tremenda realidad.»

Hemos creído oportuno trasladar los párrafos que acaban de leerse en esta exposicion de la situacion del mundo al nacer Pio IX, porque en ellos el cardenal Caprara en estilo conciso acierta á revelar extensamente el espíritu entonces dominante, y las tendencias de aquella sociedad á precipitarse ciega al abismo de la anarquía intelectual, moral y material.

La debilidad de los poderes, la indiferencia de los diplomáticos, la infidelidad de la política á los deberes religiosos, el materialismo positivista por una parte, y por otra los ensayos de sustituir los misterios de fe con las incomprendibles iluministas, y las revelaciones extravagantes á la sobrenatural revelacion, ofrecen un total cuya consideracion no podia menos de infundir serios temores para el porvenir.

La situacion de los ánimos en Austria fue una de las condiciones ventajosas al estallido de la revolucion francesa.

Nápoles secundaba en aquellos tiempos las doctrinas perturbadoras del imperio austríaco; cuando la tormenta que se acercaba exigia que los soberanos se agruparan á la enseña de la autoridad divina representada por el Pontífice, complacíanse en excitar rivalidades con la corte romana.

«¡Extraño fenómeno! exclama Mr. C. F. Chevé; en víspera de la revolucion francesa, el espíritu revolucionario soplaba con preferencia sobre las testas coronadas; parece que los soberanos se habian puesto de acuerdo para restringir cada dia mas la libertad de la Iglesia y los derechos de la Santa Silla, tomando ellos mismos la iniciativa de las peligrosas innovaciones que les reclamaba la filosofía del siglo XVIII.»

El espíritu de emancipacion que dominaba en todas partes revistióse en Toscana del carácter jansenista, amenazando corromper la sinceridad religiosa de Italia. Grandes amarguras hubo de devorar Pio VI al observar como el pueblo toscano era apartado de la senda de sus dignas tradiciones por los que tenian obligacion de encaminarle mas por ella.

El gran duque Leopoldo llevaba la usurpacion de las atribuciones pastorales mas allá que el mismo emperador de Austria. Las doctrinas del obispo Ricci, que prevalecieron en el sínodo de Pistoia, trastornaron por completo el orden religioso de cosas. El clero, participando del espíritu de rebeldía de algunos prelados, no ofrecia la union y compaginidad de enseñanza y de conducta en la que estriba su principal fuerza y autoridad moral. Ordenóse la celebracion del culto en lengua vulgar, proscribiéronse las indulgencias, dudáronse, y aun negáronse, muchos é interesantes puntos por la Iglesia sostenidos.

El Papa condenó por medio de la bula *Auctorem fidei* varias proposiciones del sínodo de Pistoia como cismáticas unas, otras como heréticas, y como erróneas, escandalosas y calumniosas las demás.

Pio VI ordenó públicas rogativas en la capital de la cristiandad para atraer de nuevo la pervertida Toscana al seno de la Iglesia.

Florenia era la oposicion de Roma.

España y Portugal habian ya expulsado á los Jesuitas y sostenido regalistas cuestiones en perjuicio de la Santa Silla; es decir, toda la Europa católica se hallaba fermentando al calor de las utopias predominantes.

Mr. Veuillot describe en dos brillantes páginas de la segunda série de sus *Mélanges religieux, historiques, politiques et littéraires*, la situacion y actitud de la Europa en la última mitad del siglo XVIII en los términos siguientes, cuya exactitud es incontestable:

«Entrada ya en la segunda mitad del siglo XVIII; la Europa ofrecia un estado de completo escándalo. Desde que la sociedad cristiana contaba con una existencia política, la soberanía humana no se habia distinguido por un olvido tan unánime de sus deberes. Los nombres de los reyes de aquella época son otros tantos recuerdos de desorden, ligereza, irreligion y despotismo. Tras un barniz general de filosofía y literatura se escondia en todas partes llevado á sus límites el menosprecio de Dios y del alma humana.

«En Francia Luis XV; en Alemania el ateo Federico, el sectario José, la falange corrompida de pequeños príncipes, degradados unos por las brutalidades de un serrallo, otros odiados por el mercantilismo hecho con sus súbditos; Catalina la *Grande* reinaba en Rusia, marchando sobre el lodo, empuñando el cetro con ensangrentadas manos; el monstruoso José manchaba el trono de Portugal, mientras Pombal, su ministro, hacia perecer la nobleza y el sacerdocio en el cadalso. Los reyes de Inglaterra brillaban á la vez por la galantería francesa y por la embriaguez alemana; Walpole era el alma del Parlamento británico. Carlos III de España, quizá incrédulo so capa de creyente, pero de todas maneras entregado á los consejos de los filósofos, sorprendia al mundo con una de las mas tremendas iniquidades que pesan sobre la memoria de los reyes. En Italia apenas hay memoria de los príncipes que, gracias á su nulidad, autorizaban las declamaciones revolucionarias de ciertos literatos; pero no están olvidados los nombres de los ministros, cómplices de los enciclopedistas, instrumentos de la destruccion. El patriciado de Venecia, herético en las tres cuartas partes de sus miembros, iba á desaparecer sin dejar huella en el porvenir. Génova, digna de mejor suerte, atacada no obstante por el gusano del filosofismo, no conservaba sino pálida sombra de su antigua virtud.

«Soberanos y aristócratas se alejaban de la Iglesia, la odiaban, la oprimian, trabajaban para labrar su ruina; unos porque querian enriquecerse con sus despojos, otros porque sufrían esta cruel enfermedad del alma que se llama *el odio á Dios*. El odio á Dios se habia comunicado con la rapidez y vigor de una epidemia á la Europa, que acababa de llegar al colmo de su prosperidad y de su ingratitud.

«La conjuracion era general; Voltaire daba la consigna al mundo civilizado. Desde el triunfo del arrianismo—y aun entonces quedaban á las puertas los bárbaros—la Iglesia no habia sufrido un combate tan astuto y tan unánime, ni jamás sus defensores se habian presentado tan débiles y desconcertados.

«Bajo la bandera católica ni un pueblo, ni un príncipe, ni un grande hombre luchaban intrépidos.